

# Prodavinci

## Israel y el derecho divino, por Alonso Moleiro

Alonso Moleiro · Friday, December 21st, 2012

La comprensión precisa del conflicto judeo-palestino podría resumirse en una sentencia: por muy justificada que sea su causa, ningún pueblo puede pretender echar a andar su historia y levantar un estado sobre las cenizas de otro.

En los centros del liberalismo burgués europeo se ha ido expandiendo con el paso de los años una justificada alergia hacia toda manifestación cultural fundamentada en la exacerbación del nacionalismo, como sabemos una de las enfermedades más conspicuas de la política en este tiempo.

No sería necesario que nos vayamos tan lejos: en el entorno profesional en el cual nos desplazamos resulta sencillo ridiculizar por “patriota” cualquier sesgo de conducta que haga un énfasis excesivo hacia las obligaciones que como ciudadanos debemos a los estados nacionales en los cuales vivimos.

La obsesión edípica hacia “la patria”, esa abstracción antojadiza tan cara a los militares, si alguna vez tuvo plena vigencia durante el auge republicano de finales del siglo XIX y principios del XX, hoy nos luce, con toda razón, rocambolesca, ridícula, excesiva, desbordada de lirismo: un estorbo al albedrío personal como condicionante que ejerce prelación sobre las demandas de participación popular y una de las conquistas máximas de la civilización.

Por supuesto: resulta muy sencillo reírse ante los desmanes retóricos que se construyen en torno al destino de las naciones si ya tenemos una en la cual asentarnos y desarrollar nuestras vidas. Sin moneda nacional, con el desplazamiento interno limitado, con familias divididas; sin el control total de sus recursos naturales; con escuelas, sembradíos y comercios arrasados por la guerra; hacinados y bloqueados económicamente, con la prohibición de salir de su país, salvo con permiso de Israel, con excesiva frecuencia sin trabajo y sin horizontes de ninguna clase, resulta sencillo imaginarse que el pueblo árabe de la palestina histórica, el otro que forma parte de la disputa planteada en aquel pedazo de tierra, suspiraría por un hálito de humor para reírse de aquello que desde este lado del mundo nos luce técnicamente un deporte.

Después de todo, “patriotas” han sido, durante todos los tiempos, aquellos que, no teniendo patria –un marco jurídico en el cual tener una identidad cultural personal y colectiva, con unos derechos y unas obligaciones que nos permitan concretar nuestras aspiraciones materiales, espirituales o intelectuales- luchan por crearse un marco

nacional para poder existir como ciudadanos.

La tragedia del proyecto nacional palestino -un pueblo que, como el hebreo, tiene muchos años viviendo en la zona- no es un invento: de hecho, entre ellos tiene un nombre: la nabka. "Catástrofe", el eclipse de una ciudadanía con derechos y deberes que tuvo lugar a partir de las decisiones de Naciones Unidas en 1949.

## II

Con bastante frecuencia hemos escuchado loas, muchas veces justificadas, en torno a la historia fundacional del estado de Israel: ese proyecto nacional levantado con el auspicio de la ONU contra viento y marea por un puñado de emprendedores en el medio del desierto, que vino a restituir la dignidad de uno de los pueblos más acosados del planeta, y de los más prolíficos y talentosos, recién concluido el holocausto nazi.

Soy de los que piensa que en 1949 la humanidad saldó, además, una deuda histórica con el pueblo en el cual nació uno de los faros religiosos del mundo. Si alguna vez hubo en el mundo una causa justa, por la humanidad sentida, con toda seguridad, fue la del hogar nacional judío.

Un país, todo hay que decirlo, que en poco tiempo alcanzó cotas envidiables de desarrollo económico y científico y edificó una sólida democracia parlamentaria en medio de un océano de impresentables satrapías. Que garantiza los derechos del cerca de millón y medio de árabes que dentro de ella residen, ciudadanos israelíes por derecho propio. Ellos tienen, incluso, una representación en el Knesset, el parlamento local.

Los defensores de la causa de Israel en el mundo, y esto incluye a su capítulo venezolano, suelen presentar a ese país como una isla civilizada en la cual el racionalismo democrático occidental se bate contra el oscurantismo musulmán y el extremismo de izquierda, encarnado en este caso en los terroristas palestinos: ese incomprensible legajo de fanáticos que parecen egresados del medioevo, complotados por definición en contra de la libertad, tan susceptibles como crueles; traficantes de toda laya; sádicos, asesinos e irracionales. Las tonterías del universo conservador occidental que disimula con hipocresía su asco a la diferencia.

Incluso ahora, mientras se desarrollaban los bombardeos a Gaza, algunas voces respetadas de la escena nacional no pudieron escapar de la simpleza: Israel puede tener sus historias, pero se trata un inobjetable estado democrático que está llevando adelante una acción tan justificada como necesaria: está castigando a un puñado de terroristas ejerciendo el derecho a la defensa.

## III

Resultó que cuando llegó la hora de hacer realidad el sueño ya existía una apreciable comunidad árabe que tenía siglos viviendo ahí. Un estorbo del cual era necesario deshacerse cuando tocó fundar el país, provocando o procurando su marcha con la descomunal diáspora de entonces. Una comunidad a la cual, además, Naciones Unidas le había asignado franjas de territorio que Israel ya consideraba suyas. A fin de

cuentas en Cisjordania y otros recovecos de aquella zona remota no viven seres humanos, con familias e hijos, sino un puñado de terroristas opacos y repugnantes que odian el progreso por puro deporte.

No es cierto que en la sociedad que está cobijada bajo la precaria Autoridad Palestina se asientan únicamente terroristas e integristas islámicos. Esta es una afirmación extremadamente frecuente en este lado del mundo, fomentada de forma interesada por círculos amigos del sionismo en los Estados Unidos -como todo el mundo sabe, padrino y protector de los intereses israelitas en el universo de la diplomacia.

En la sociedad palestina coexisten tendencias encontradas y visiones claramente discrepantes de lo que debe ser el estado con el cual sueñan (y al cual tienen, también, perfecto derecho). Así como hay promotores del islamismo chií, aliados con el Hezbollah del Líbano, amigos de Irán, expresados en Hamas y otras organizaciones realengas, existen activistas e intelectuales liberales y democráticos, organizaciones obreras, ligas profesionales y grupos ciudadanos, justificadamente ofendidos ante las terribles simplificaciones que diariamente se elaboran sobre el islamismo en los medios de comunicación occidentales. Se expresan en partidos políticos en Cisjordania y tienen múltiples correlatos civiles. Son partidarios resueltos de acordar con Israel un marco digno para la coexistencia en un contexto en el cual prive el respeto mutuo y la no agresión.

El más conocido de ellos probablemente es Edward Said, brillante polemista y compacto intelectual que vio pasar sus días sin poder concretar la aspiración de tener una nación propia, ridiculizado por la derecha ortodoxa judía, y que con su pluma presentó una convincente pelea para desmontar el chantaje propagandístico del *lobby* judío que ejerce el control de los medios de comunicación en los Estados Unidos -y que, en consecuencia, domina a placer las emociones de la opinión pública internacional: este según el cual el emprendedor e inobjetablemente democrático estado Israel se juega su futuro ante la barbarie fanática, y que con sus procedimientos militares se está limitando exclusivamente a defender a sus ciudadanos. No será posible comprender en toda su dimensión la complejidad del contencioso árabe israelí sin la lectura de dos textos de Said: "Nuevas crónicas palestinas" y "Cubriendo el islam"

Porque, en resumidas cuentas, si el extremismo islamista ha podido expandirse con rapidez, especialmente en la franja de Gaza, es porque confinados en un espacio de tierra que ocupa apenas un tercio de lo que comprende la península de Macanao viven apiñadas más de un millón de personas, sometidas a un asfixiante asedio comercial, policial y militar. El integrismo es también, tristemente, una promesa de redención nacional.

#### IV

Tampoco es aceptable pretender que indignarse al contemplar los excesos militares de Israel -a fin de cuentas, un poderoso estado que enfila sus baterías ante una comunidad notoriamente más pobre y más débil- forme parte de una conflagración antisemita, amiga del terrorismo o cómplice de inconfensables intereses enemigos de la libertad.

(Bien visto, el término es banal por donde se le mire: los árabes también pertenecen al tronco lingüístico semita)

No pueden los defensores de Israel invocar el debate civilizado, defender el racionalismo occidental, exigir distancia del fanatismo antidemocrático, recordarnos a Golda Meier, espantarse ante las milicias palestinas de cara cubierta, y, al mismo tiempo, proponerle al resto de la humanidad, por mampuesto, que la solución que tienen los palestinos que vivían ahí décadas antes de 1949 es emigrar todos a Jordania. Eso fue más o menos lo que le dijo Slobodan Milosevic a los albaneses del Kosovo.

No se sostiene, en términos éticos, la famosa Ley del Retorno: esa que, bajo el amparo de occidente, ha permitido a muchos judíos de todo el mundo cumplir con el justificado deseo de fijar su residencia en Israel mientras, por el otro lado, impide a cuatro millones de palestinos regresar a lo que eran sus hogares y los de sus abuelos.

No deja de ser una ironía: en Venezuela existen muchos activistas y analistas que, justificadamente escandalizados, denuncian los excesos del gobierno de Hugo Chávez en el cumplimiento de sus deberes democráticos ante los sistemas hemisféricos. Todos los llamados de Naciones Unidas para que Israel cumpla la legalidad internacional y respete el fuero político de los asentamientos palestinos ocupados en 1967 han sido olímpicamente ignorados por una nación que tiene de padrino al país más poderoso de la tierra. “Forajidos”, por supuesto, siempre serán Sudán, Siria, Somalia. Los países “feos”; los enemigos de occidente. A nadie se le ha ocurrido pensar cuanto de “forajido”, por ejemplo, puede tener un sujeto como Avigdor Liberman, el actual canciller de Israel.

Por lo demás, la discusión sobre el proceder del estado judío, sus estrategias militares, sus bombardeos selectivos, el control militar sobre los territorios palestinos ocupados, las vedas en el uso de su mar territorial, los muros de hormigón y *check points* entre sus ciudades, los secuestros y torturas de sus activistas, el cañoneo de sus residencias y la demolición de sus escuelas, la toma de los espacios políticos que le corresponden, tienen lugar en el seno de la propia sociedad israelí, que tiene una democracia en la cual, afortunadamente, estas discusiones están permitidas.

El panorama político hebreo tiene importantes sectores ultraortodoxos y conservadores, -el más importante de ellos, el bloque Likud, está en este momento en el poder-, pero en ella también subsisten organizaciones progresistas laicas, pacifistas, vinculadas al universo profesional y obrero, críticas del estado actual, irritada con las interpretaciones unilaterales y violentas del actual gobierno judío. Amos Oz, probablemente el escritor israelí más respetado en el mundo, por ejemplo, es uno de ellos. También, en el extrarradio, Mario Vargas Llosa -amigo personal de Shimón Peres, entre otros políticos locales; devenido en uno de los críticos más contundentes de Israel en esta hora.

Particularmente descriptiva es, a este respecto, la postura de Gideon Levy, por años reportero del influyente rotativo Haaretz. Desafiando las posturas más intransigentes de sus compatriotas, soportando amenazas de calibre diverso, y exhibiendo una enorme dosis de coraje cívico, Levy no sólo ha publicado estremecedores trabajos en

los cuales se da cuenta de las familias mutiladas, los hogares destruidos y los duros rigores del bloqueo que practica su país a la Franja de Gaza, sino que, incluso, ha asistido a foros europeos para condenar la situación con todas sus letras.

V

No considero que el estado de Israel sea, como sí creen muchos de sus enemigos, una impostura del capitalismo internacional ni un artificio fabricado para prolongar los intereses de los Estados Unidos en el Medio Oriente. Es difícil cuestionar la legitimidad de origen de un proyecto nacional concebido para darle cobijo a los miembros de una de núcleos culturales más antiguos del planeta. Que ha podido construir, además, en muy poco tiempo, una inteligente interpretación de las tradiciones que fundamentan su credo junto a las ventajas de un estado parlamentario moderno.

Tampoco tiene sentido desconocer el memorial de agravios y hogares enlutados que los ciudadanos de Israel coleccionan en su conflicto, primero con la OLP y luego con las organizaciones palestinas de data posterior a la segunda Intifada. Las dolorosas cicatrices de un contencioso que, visto en todo su contexto, parece administrar el grueso de las tensiones de la política internacional moderna. Lo autobuses que han volado por los aires asesinando a ciudadanos inocentes en Tel Aviv y Haifa; los obuses disparados desde Gaza en contra de sus ciudades o la espeluznante matanza de los atletas de la delegación Olímpica de Munich en 1972. Tampoco he querido ofender a los integrantes de la comunidad hebrea venezolana, con varios venezolanos notables entre sus filas, integrantes conspicuos de la cosmópolis nacional de la cual siempre he estado tan orgulloso.

Pero en resumidas cuentas, ya que hablamos de democracia, ya que nos importa la civilización, ya que creemos en los parlamentos, las soluciones racionales, los partidos políticos y las soluciones negociadas; ya presumimos respetar la diferencia, ya que, en resumidas cuentas, las naciones están integradas por seres humanos y nos espanta la barbarie irracional, va siendo hora de que la comunidad judía del mundo comprenda que, así como Hamas, Israel no le puede imponer su voluntad a millones de personas inocentes invocando las disposiciones del derecho divino. Que el derecho de los palestinos a tener un estado es, hoy, una causa tan justificada como el que hizo a los judíos soñar con el propio en los años de Teodoro Herzl. Que los asentamientos progresivos en Cisjordania no están justificados, y mucho menos los crímenes a inocentes perpetrados en la Franja de Gaza.

Para eso fue que Naciones Unidas concibió, en 1949, la creación de dos estados. Dos estados con ciudadanos que convivan en paz bajo la mirada comprensiva de Dios. Un Dios que, de acuerdo a lo que tengo entendido, tutela la vida y el destino de todos los seres humanos.

This entry was posted on Friday, December 21st, 2012 at 10:37 am and is filed under [Actualidad](#). You can follow any responses to this entry through the [Comments \(RSS\)](#) feed. You can leave a response, or [trackback](#) from your own site.

